

Los placeres y los días

Flores sexis

Nuestra especie gestiona su sexualidad como administra su economía: en precario y desde la melancolía que supone disponer de medios y oportunidades limitadas para satisfacer necesidades infinitas, aquí y en Pernambuco; los payos y los gitanos; la aristocracia opresora y los pigmeos sostenibles; los follatabiques de la ESO y las psicólogas que los apacientan; el Papa peronista y el editor de *Play Boy*...; todos igual de insatisfechos, todos igual de sueñabraguetas. Freud lo clavó al diagnosticar, al definir más bien, la pulsión sexual normal como insobornable, polimorfa y perversa. Esto quiere decir que no paramos de ingeniar fiestas con que entretener lo del día de la boda y que ninguna de esas fiestas soñadas es como para colgarla en las acharoladas esquelas que publica el *Abc*, con lo que, por mucho que la naturaleza nos bendiga con novios, novias y ocasiones de coyunda entretenida, regalada, guarrindonga y bonancible, siempre nos mantendremos a una distancia más o menos insufrible de todo cuanto deseáramos cometer, lo queramos o no, (nos) lo confesemos o no, incluso, y por eso nuestra pulsión sexual asoma por los hilvanes de nuestros actos cotidianos, y da igual que reparemos en una señora que se pinta los labios para que parezca un que sé yo en mitad de la cara, o en un bailarín que se ciñe las mallas y marca huevines en el Bolshoi, el caso es que todo es sexualidad desbordante y sonrojante, que por nadie pase.

El caso de Linneo es palmario. Calificado por la ciencia de su tiempo (mediados del siglo XVIII) como *Princeps Botanicorum*, su obra principal, *Systema Naturae* (Leyden 1735) es apenas un opúsculo de siete folios en el que propone una nueva manera de clasificar las plantas atendiendo a sus diferencias sexuales. El resultado obtenido configura una taxonomía sexy del reino vegetal que ofrece una clara, duradera y definitiva visión de conjunto del mismo: *Deus creavit, Linnaeus disposuit*; el Señor lo creó y Linneo lo ordenó. Tan sexy resultaba que muchos científicos lo consideraron ofensivo contra la moral y atentatorio contra las buenas costumbres. El propio Goethe, que por lo demás apreciaba mucho el genio científico de Linneo, reconocía que los términos y el tono con que el gran botánico sueco describe la reproducción vegetal resultaban, cuando menos, sofocantes: «Cuando las almas inocentes que desean profundizar por su cuenta en el estudio de la botánica toman el *Systema* de Linneo se sienten perturbados en su moralidad. Las referencias constantes y explícitas a los apareamientos de las flores, a la lascivia general del mundo vegetal y una especie de corolario que vacía de sentido natural a la monogamia, que es el fundamento de todas las buenas costumbres, resultan del todo insoportables para el sano sentido común». La Iglesia católica, tan atenta siempre a todo lo que ocurre en las procelosas y

estudio de la botánica toman el *Systema* de Linneo se sienten perturbados en su moralidad. Las referencias constantes y explícitas a los apareamientos de las flores, a la lascivia general del mundo vegetal y una especie de corolario que vacía de sentido natural a la monogamia, que es el fundamento de todas las buenas costumbres, resultan del todo insoportables para el sano sentido común». La Iglesia católica, tan atenta siempre a todo lo que ocurre en las procelosas y



Francisco Giménez Gracia



Una de las láminas que contiene el libro

El resultado obtenido configura una taxonomía sexy del reino vegetal que ofrece una clara, duradera y definitiva visión de conjunto del mismo: *Deus creavit, Linnaeus disposuit*; el Señor lo creó y Linneo lo ordenó



ROBERT JOHN THORNTON
The Temple of Flora
TASCHEN

de él ofrece la editorial Taschen, y que les recomiendo a todos ustedes vivamente.

En su día el proyecto de Thorton influyó decididamente en la moda inglesa de cultivar un jardín ornamental en cada casa. Claro que las plantas mantuvieron su interés para todo lo relativo a la botica y la cocina; pero ahora habían adquirido un estatus nuevo y mucho más poderoso al reparar en la belleza de las flores, en el placer sensorial que produce su visión; en la voluptuosidad que despierta ese aroma que nutre los sueños más sexis de los aficionados a oler estas flores del templo de Flora, y tantas otras flores que en el mundo han sido.

oscuras regiones del bajo vientre, cumplió fielmente con lo que de ella esperaban sus discípulos e incluyó el *Systema* de Linneo en su por entonces todopoderoso *Index* de libros prohibidos.

En este punto y hora, un médico inglés especializado en la farmacopea derivada de las plantas, Sir Robert John Thornton, asumió la tarea de emprender una apología de la obra de Linneo, y para ello reunió a los mejores ilustradores de su tiempo con el encargo de preparar un libro magno de botánica: *The Temple of Flora*, una colección de láminas sin apenas texto que sirviese para exaltar visualmente la potencia científica del *Systema* de Linneo, al tiempo que mostraba a todo color la explosiva y rutilante sensualidad de las flores. El resultado es el libro de botánica más hermoso que se haya publicado jamás, el más sexi, seguro, y uno de los más fascinantes, también. Un libro que hoy podemos adquirir por menos de treinta euros en la magnífica versión que

LUZ ARTIFICIAL

Miguel Ángel Hernández



Contar historias

Desde que leí *La invención de la soledad* no puedo quitarme de la cabeza la expresión «contar historias para salvar la vida». Allí Paul Auster aludía a la figura de Sherezade como metáfora de la pulsión de narrar para hacernos cargo de un mundo que nos sobrepasa y para suspender por un instante el momento de la finitud. Estos días he vuelto a hojear —o a 'o'jear'; nunca he sabido si se trata de pasar hojas o de echar un ojo— la maravillosa edición de *Las mil y unas noches* que ha publicado la editorial Atalanta y de nuevo he caído rendido ante la capacidad hipnótica de estos cuentos que son una especie de enciclopedia ficcional del medioevo oriental. Y por supuesto, Sherezade me ha conquistado una vez más. Aunque parece seguro que el personaje es un añadido posterior para dotar de cierta linealidad a las historias, su presencia lo dota todo de un sentido diferente y convierte el libro en algo más que una serie de historias encadenadas, haciendo que los cuentos funcionen casi como una elipsis —como tiempo suspendido— de la historia con la que el lector realmente conecta, la de la propia narradora, que trabaja casi como una montadora de secuencias ya dadas, utilizando las historias de los otros para continuar pudiendo contar la suya propia.

Hace unas semanas tuve la oportunidad de leer *Coronel lágrimas*, la primera novela del joven escritor Carlos Fonseca (Costa Rica, 1987), y allí encontré esa pulsión narrativa a la que se refería Auster. Con una prosa elegante y meditativa, y una sorprendente capacidad para crear imágenes líricas, Fonseca es partícipe de esa mencionada necesidad de contar historias para entender el mundo y también para entenderse a uno mismo. En el libro, un viejo coronel se retira a los Pirineos para escribir la historia del mundo. Este retiro, que pudiera estar inspirado en los últimos días del matemático francés Alexander Grothendieck, es el punto de partida para una serie de historias donde el tiempo se retuerce

y presente y pasado se confunden, y sobre todo, donde las vidas de los otros se entremezclan con la existencia del propio coronel, como si las vidas ajenas fueran configurando, casi como espejos, la vida propia.

En su análisis de la formación de la subjetividad, Jacques Lacan aludió a la 'identificación con el otro' en el proceso de construcción de la identidad: comenzamos a ser conscientes de nosotros cuando nos reconocemos en el otro. Es en el afuera, en la alteridad, donde comienza a formarse lo que somos. El coronel de la novela de Fonseca parece entender esto a la perfección. Y contar la historia del mundo, una historia llena de pequeñas historias, le sirve como un modo de contarse la suya propia.

Entre otras muchas cuestiones que merecerían destacarse de este libro, me ha llamado poderosamente la atención el modo en que el narrador muestra el mundo como si fuera el operador de una cámara de cine, conduciendo los ojos del lector por los rincones de la historia. Con esa visión cinematográfica, Fonseca construye la narración a través de la focalización y el detalle, con acercamientos y alejamientos constantes tanto a la realidad física como a las historias contadas. Esta 'escritura-zoom' muestra desde el principio una fuerte voluntad de estilo que confiere al libro de una alta potencia literaria y que hace pensar que cualquier relato que surja de ese dispositivo construido por Fonseca es susceptible de convertirse en una gran historia.



CARLOS FONSECA
Coronel lágrimas
ANAGRAMA